

Un tal Cangrejo
GUILLERMO AGUIRRE



sextopiso

Todos los derechos reservados.
Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida,
transmitida o almacenada de manera alguna sin el permiso previo del editor.

Copyright © GUILLERMO AGUIRRE, 2022

Primera edición: 2022

Imagen de portada
© RAQUEL APARICIO

Copyright © EDITORIAL SEXTO PISO, S. A. DE C. V., 2022
América, 109
Parque San Andrés, Coyoacán
04040, Ciudad de México

SEXTO PISO ESPAÑA, S. L.
C/ Los Madrazo, 24, semisótano izquierda
28014, Madrid, España

www.sextopiso.com

Diseño
ESTUDIO JOAQUÍN GALLEGO

Formación
GRAFIME

Impresión
COFÁS

ISBN: 978-84-18342-92-9
Depósito legal: M-10198-2022

Impreso en España

A los padres, a todos, porque alguna vez fueron los hijos

No todo el que anda errante está perdido.

J. R. R. TOLKIEN

Privados de la Ley del Padre, los niños, precozmente convertidos en adolescentes, improvisan sus propios sistemas a la manera del *bricoleur*, recogiendo y ensamblando fragmentos esparcidos del viejo orden simbólico que ha saltado en pedazos. Y lo hacen del único modo que saben hacerlo: jugando. Generalmente jugando a la guerra.

JON JUARISTI

Los jóvenes hoy en día son unos tiranos. Contradicen a sus padres, devoran su comida, y le faltan al respeto a sus maestros.

Quizá SÓCRATES

PARTE PRIMERA
PARAÍSO Y TENTACIÓN

Donde se habla de la infancia y génesis de Cangrejo, de su perro y la culpa que tuvo el perro, del colegio y el tedio de los colegios, y de por qué se va a la noche y de la noche ya nunca se regresa.

I

Aún años más tarde Cangrejo continuaría pensando que la culpa de todo la tuvo el perro. No era un perro grande ni agresivo y en él no había elemento alguno que pudiera causar pavor si quiera a las gallinas. Se trataba, más bien, de un perro mezcla de mil razas, pequeño, de lomo curvo como puente primitivo y de un color blanco que no lo era del todo y un negro que asemejaba la ceniza. Sobre el ojo derecho tenía una brecha del tamaño del dedo de un bebé, las patas cortas con calcetines y una oreja mordida que caía sobre sí con el eterno retorno de esa carne que —como las personas dolidas— vuelve una y otra vez sobre la herida. Era un perro y al mismo tiempo mucho más. Tenía cuatro patas y había que sacarlo a la calle para que hiciera sus cosas, así que en cierta forma era también símbolo de toda y primera libertad.

—Es la hora de bajar al perro —decía su madre desde la cocina y Cangrejo robaba unas monedas de su bolso y trotaba escaleras abajo.

—Recuerda que tienes que sacar al animal antes de cenar. Es tu obligación. —Y Cangrejo cogía unos trujas de la caja de tabaco del mueble bar del salón, le ataba el arnés a Pintxo y salía dando portazos.

Bajo las bóvedas de metal de la plaza de la Casilla en las que se enredaban las madreselvas, habitaban el Toni y los demás: Cuco, Kikón, Frodo y Zoraida, que con dieciséis años tenía el pelo rubio y un bebé. Era aquel un lugar al que los pequeños, cuando jugaban a fútbol, tenían miedo de enviar por descuido un balón porque, sin ser aún plenamente conscientes de ello, intuían que era uno de esos sitios a los que nadie

te ha invitado. Pero Cangrejo –gracias a que Toni era su vecino– podía pasar por allí y ver el hachís –que burbujea y se expande como los sueños– y aquellos mecheros e insultos que danzaban unos con otros de mano en mano y boca en boca. La sensación de que para los mayores él era en cierto modo una mascota, poco más de lo que su propio perro era para él, no eliminaba el chispazo eléctrico de lo prohibido: ser mascota no era malo, significaba que alguien se preocupaba por ti, que alguien debía sacarte a las calles a mear por las esquinas.

Allí escuchaba al enorme Frodo, cuyo aspecto entraba en plena contradicción con su mote y al que nadie le hubiera confiado ningún anillo valioso que llevar de un punto A a un punto B. Hablaba generalmente de las mujeres como si las conociera a todas y en unas cantidades que le desbordaban sus gigantescas y peludas manos.

–Lo que quieren es un buen rabo –sentenciaba y hacía que fumaba en la entrepierna de Zoraida mientras sacaba la lengua como un dragón de Komodo.

–Te quites, ¡coño! –Por todo amor ella le daba puntapiés.

–Qué van a ir detrás de los rabos. Lo que van es detrás de las motos. A moto más grande, mejor hembra, lo sabe to quisqui, ¿verdad, Cangrejillo?

Y Cangrejo, sentado entre las peludas piernas de Frodo y las espinillas imberbes del Toni, mantenía la cabeza hundida entre los hombros y el ceño fruncido, esperando a que los demás rieran para reír también. Estaba seguro de que en aquel banco se le afilaban los rasgos, la cabeza que había desarrollado antes que los hombros cobraba un tamaño más lógico y se le fruncía el entrecejo, lleno de ansias de experiencia, secreto y oscuridad. En resumidas cuentas, en aquel banco, toda su expresión aún infantil adquiriría un aspecto tan terrorífico como el lugar, un aspecto de no vengas aquí que nadie te ha invitado.

–Y ¡pimba! La pones mirando pa Cuenca y le atizas con el cimbrel en to la almeja.

Cangrejo tardó tiempo en descubrir aquello de la almeja, pero al fin la idea del molusco lo llevó hasta el secreto de

la hembra. El descubrimiento de que a las mujeres no se las penetraba —como él pensaba— por el centro exacto de toda aquella *peludez*, sino por una cavidad mucho más asombrosa y llena de pliegues que estaba situada entre las piernas y tenía un punto G y otro no tanto, hizo que Cangrejo no pudiera volver a mirar del mismo modo ni a Zoraida ni a ninguna que se le pareciese u oliera lejanamente igual: a champú y autobús de largo recorrido.

—¿Nos has traído pitis, vecino? —preguntaba Toni siempre distraído, soplándose el pelazo que le caía sobre los ojos, y Cangrejo ofrecía los trujas a los presentes con reverencia. Fue allí donde fumó su primer cigarrillo, un Lola de aquellos de la cajita floreada, y donde Zoraida (que ya tenía su fabuloso nuevo agujero entre las piernas) le dijo que el cigarro le quedaba muy bien en la boca.

—Te queda muy bien el cigarro en la boca, Cangrejillo. —Y ella le frotaba la cabeza como se hace con los perros y Frodo sacaba la lengua como un lagarto y Toni se distraía dándoles patadas a las madre selvas.

Toni no era el más fuerte ni el más grande, y no era el padre del hijo de Zoraida aunque ejercía como tal, o así al menos lo veía Cangrejo, que pensaba que ejercer como tal era empujar su carricoche al cruzar los semáforos. No era el más fuerte porque no podía lanzar una pelota de golf por encima de la azotea del colegio público Félix Serrano como hacía Frodo. No era el más grande porque el más grande era el Kikón, que tenía tres hermanos en la cárcel y que a la mínima te podía romper las pelotas.

—A la mínima de cambio te rompo las pelotas, Cangrejo.

No era el padre del hijo de Zoraida porque el padre del hijo de Zoraida era el Cuco, tan callado que cuando todos se metían con él, solía responder entre bocanadas:

—Me importa el cucú de un cuco, subnormal.

Pero sin lugar a dudas Toni era el más avisgado y además era vecino de Cangrejo. En el Félix Serrano todavía comentaban que había sido él quien había convencido a la profesora de

Historia de que debía aprobarle por el bien de la propia historia, la suya particular y esa otra general que incluía a Napoleón. Se decía que había conseguido que su hermana se prostituyera un par de veces, que nadie como él sabía viajar gratis en el transporte público y que le habían visto con la gente de Basurto, conduciendo los coches del taller de Friederik con solo catorce años. Además tenía una moto que estaba entera currada con piezas legendarias de otras motos y un tatuaje en el brazo derecho con un águila del ejército falta de color, de vuelo y motivación. Pero nada de todo aquello impidió que, una buena noche de verano en la que Cangrejo se lanzó escaleras abajo con el perro Pintxo, el Toni no estuviera allí y en el banco reinara un silencio espeso como el alquitrán de las pozas en las que se perdieron los dinosaurios. En la primera y violenta noche la plaza huele a madreselvas y las madreselvas esconden sus gusanos.

—¿Y el Toni? —Cangrejo ha bajado con los trujas del mueble bar y los lleva en la mano como si fueran un manojo de rábanos.

—Toni no está. —Frodo arranca trozos de madera del banco con la punta de su navaja y su respuesta es también un poco como uno de esos trozos de madera: seca y compacta. Cuco mira para otro lado y mece el carrito del bebé.

—¿Vendrá luego? —Cangrejo los mira de uno en uno. Algo le dice que de algún modo los está viendo por vez primera.

—Me importa el cucú de un cuco, joder.

O quizás no. Así que Cangrejo tiende automáticamente los cigarros, aunque nadie hace caso. Su cerebro comprende que se hace necesaria alguna acción, pero desconoce la apropiada y por entonces aún cree que con cigarros se puede arreglar todo.

—¿Por qué no te largas, enano? —Cangrejo se asusta cuando Frodo le señala con la punta de la navaja, y el Kikón muy serio le golpea la muñeca.

—No jodas al chaval o a la mínima de cambio te rompo las pelotas —sentencia, y Zoraida se acerca apresurada con la mano tendida hacia Cangrejo y resoplando se lo lleva junto al perro

Pintxo dando tirones detrás. Desde lejos tienen la absurda y cómica forma de una cadena mal urdida que fuera dando sacudidas sobre el cuello de la noche. Le pide a Frodo que cuide del bebé mientras los tres desaparecen por los parterres.

—Frodo, cuídamelo, ¿eh? Hijo de puta enorme.

—Pues no tardes demasiado, so perra. Si las dejás se eternizan en cualquier cosa.

—Me importa...

—Ya, ya, el cucú de un cuco, subnormal.

Pasan junto a las matas de gardenias y junto al quiosco pobremente iluminado en el malva anochecer. Cuando no están a la vista de los otros, Zoraida le pide que no regrese a ese lugar.

—No vuelvas por aquí, Cangrejo. Mantente al margen... ¿Querrás? ¿Por mí?

Algo así dice, y Cangrejo intenta adormecer la sensación de urgencia con una idea sencilla.

—Solo quiero darle estos cigarrillos... —tartamudea, y enseña el tabaco, y Zoraida le acaricia la mejilla. Cangrejo piensa que ella está llorando, pero la opalescente luz de las lejanas farolas y las madre selvas no hacen sino entretejer de sombra toda claridad.

—Qué mono eres. —La escucha susurrar y luego ella añade—: Fúmatelos tú, ¿querrás? Fúmatelos por Toni. Te queda tan bien el tabaco en la boca...

Cangrejo mantiene entonces ese silencio caballeroso que usa cuando sabe que a su alrededor acontecen cosas que no le serán reveladas. Aprieta fuerte los cigarros y presiente que el tabaco se está empapando de sudor. El perro Pintxo tira de la correa en todas las direcciones, como si también sintiera que ese aire que azuza los parterres viniera cargado de un peligro inminente.

—¿Quieres tocármelo? ¿Quieres tocarlo ahora? —Y como si aquello de algún modo pudiera calmar la sensación eléctrica del aire, la mano de Zoraida lleva la de Cangrejo a aquel lugar que no es el ombligo, que tampoco está bajo el ombligo y que está en el centro de esa recién descubierta peludez, y la

aprieta mucho contra sí, con los botones del pantalón vaquero y la bragueta abiertos. Cangrejo deja caer al suelo los cigarros y mientras toca ayudado por Zoraida, el perro Pintxo tira más y más de la correa y ladra a las ramas de los árboles. Esa era la señal, pensará Cangrejo con el tiempo, el momento en el que debió huir, la escena que nunca hubo de darse. Pero el pequeño Cangrejo no puede moverse, tiembla y desea llorar, y en medio de aquella noche que es como una almeja que se cierra sobre sí en palpitante oscuridad, escucha al niño de Zoraida quejarse inquieto más allá de los setos, y escucha la navaja de Frodo que penetra con su eco lúgubre la madera, y piensa que la luz de las farolas se ha apagado y que está de nuevo en el útero materno.

—Eres tan mono... —dice ella después, mientras se abrocha el pantalón vaquero y le devuelve una mano que ya nunca será suya—, pero no vengas más por aquí. Vete a casa con tu madre, no seas idiota, anda.

Sí, claro. Ahora, después de esto.

Y luego, desde el más allá, la voz del Kikón:

—Te he dicho que te voy a romper las pelotas como me vuelvas a nombrar a ese hijoputa, joder.

Y Cangrejo al fin de vuelta al centro de las cosas, demasiado nervioso como para discrepar. Cangrejo que se agacha a buscar a tientas los cigarros caídos —como si recuperarlos permitiera regresar a un orden anterior, restituirlo todo— y por ello no puede detener a Zoraida —ni despedirse de ella— cuando regresa al banco de entre los parterres como una exhalación.

Y luego nada, nada más allá de Zoraida, que tenía el pelo rubio y un bebé cuando apenas sumaba dieciséis. O quizá sí, quizá después Cangrejo, Cangrejo solo, Cangrejo sentado en la repisa de una farmacia de la calle Autonomía, esperando a que su colega del cole Beni el Gato —al que ha llamado al timbre del portero— baje un segundo y así él pueda evadirse de los oscuros pensamientos que brotan de la entrepierna de Zoraida, hacerlos públicos para que sean algo más reales. Cangrejo

que mira cómo el perro Pintxo caga junto a un plátano. Frente a él desfilan las piernas de unos adultos sin rostro ni cuerpo más allá de la cintura. Cangrejo que se fuma los cigarros que ha bajado para Toni y huele el rastro que queda en sus dedos —de ella y de la nicotina—. Se repite que si ha bajado era para darle el tabaco a Toni, pero no puede más que culparse porque en su interior se agita la sensación de que en realidad ha bajado para hundirse en los vaqueros de Zoraida. Ha nacido para ello, su único destino. Así que mientras apura los pitis, dejan de importarle las cosas todas porque es mayor la exaltación en el recorrido de los dedos. Toni, Frodo, Cuco, Kikón y Zoraida desaparecen poco a poco en el telar húmedo de la retina y solo queda la posterior impresión de que en aquella escena nocturna ya estaban todos los elementos que con el tiempo serían importantes: traición, deseo, frustración y poder, arremolinados en torno a la imagen del perro Pintxo, de cuclillas junto al plátano, demasiado preocupado en sus quehaceres, arrastrando el culo sobre el verdín, como si también él llegara siempre tarde y mal a los sucesos.

II

Cuando éramos reyes, Bilbao era una ciudad oscura. Rara vez veíamos la luz del sol y solo nos parecía existir en esas horas en las que la noche se alargaba antes y después de la hora de la cena. Ocupábamos las plazas y los parques, sus castillos y trencitos de plástico y madera a los que los niños iban por las mañanas a jugar. La ciudad estaba llena de recodos que desviaban toda luz, de bancos nuestros y bancos de otros. Era aquella una urbe conquistada y reconquistada por los chavales. Bajaba desde los montes hasta su centro mismo —un agujero negro de tiendas vedadas— en el que jamás nos veíamos implicados: nos mantenía en sus límites estadios, como hordas que la asediaban y que esperaran pacientes su lugar en la historia de la villa. Existía una política y problemas adultos que se discutían en bares que nos estaban prohibidos, pero era una política que en nada nos atañía a nosotros, sino a otros, adultos invisibles y niños intocables, sanos y deportistas, que jugaban con ideas de corte absurdo y estatal. Para nosotros Bilbao era una ciudad de escudos y de honor, de miedo y de ambición, a la que había que someter y controlar sin dar un paso en falso. Nada había más allá: sola estaba la ciudad frente a un mar rugiente y de espaldas a una montaña interminable en donde se despeñaban los perros de la intención. Cada parque era una autonomía en sí mismo, con una lengua y unas leyes propias. Cada grupo tenía un embajador que se encargaba de las relaciones externas, un líder que los mantenía unidos, una mascota que hacía los ratos sin tabaco algo más agradables de pasar. Los colegios estaban cerrados y sus puertas solo se abrían a las horas de la entrada y la salida, lugares de un comercio prehistórico y animal. Había

zonas cubiertas que burlaban la lluvia ácida. Lugares creados para no perderse en la bruma fría y eterna de las mañanas sin uso. No había nada en el interior de los edificios que sabíamos de cartón piedra, levantados tan solo para dibujar las calles, nuestros patios de recreo. Estaban vacíos los museos y las casas, las universidades y los centros de acogida. Vacíos estaban los bares cuyas luces en las fachadas eran de mentira como lo son en los videojuegos. Solo había calles que se perdían en una ría negra y opaca, cajeros automáticos y portales, quioscos de música y parkings cubiertos por el loco entramado de la autopista flotante —el Scalextric, que le llamábamos— que penetraba desde la montaña hasta el centro de la urbe, pasando sobre edificios, apoyado en grises y elevadas columnas como un coloso de cemento. No había familias en esas casas de cartón piedra, voluntad en esos inmuebles ni vida ajena a los grandes nombres que corrían de boca en boca. Bilbao era una ciudad sin comercio regulado, sin política, sin ayuntamiento, sin horarios, sin caridad; una ciudad absolutamente vacía de adultos que nos había sido entregada para crecer y para engañarnos.